

CAPITULO XXVII.

César Gordiano.—Marco J. Filipo.—Decio.—Las persecuciones.—Galo.—Emiliano y Valeriano.—Cautiverio de Valeriano.—Galieno.—Martirio de san Lorenzo.—Desquiciamiento del imperio romano.—Claudio.—Domicio Aureliano.—Su entrada triunfal en Roma.—Claudio Tácito.—Floriano.—Probo.—Su carácter.—Sus victorias.—Caro, Carino y Numeriano.—Diocleciano.—Sus persecuciones.

La muerte de dichos Soberanos originó una guerra civil, á la cual puso término el nombramiento de César Gordiano, mancebo de quince años (hijo y nieto respectivo de los otros dos Gordianos, de que acabamos de hablar) quien á pesar de su extremada juventud, y ayudado de los consejos de su suegro Misiteo, gobernó con acierto por espacio de unos cinco años. Al espirar dicho plazo el puñal de Marco Julio Filipo puso fin á la existencia del joven Príncipe.

Parece que Filipo ajustó una paz vergonzosa con los persas, á quienes entregó la Mesopotamia. Al volver á Roma celebró con fiestas y regocijos extraordinarios el milésimo aniversario de la fundación de dicha ciudad.

Tampoco fue muy duradero el reinado de Filipo, cuyo emperador halló la muerte en Verona, en cierto alboroto, ó acaso en una batalla que perdió luchando contra Decio, que le sucedió en el trono. Dúdase si Filipo profesó ó no el Cristianismo. Autores graves, al decir de Mariana, resuelven esta cuestión afirmativamente. Eusebio, Orosio y Baronio son de esta opinión.

Al subir al trono, en el año 250, Decio desplegó un furor y una crueldad inauditas en la persecución de los cristianos, sea por su odio á su antecesor, ó porque, como añade Mariana, *Dios por aquel camino pretendía reformar la vida y costumbres de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragados.*

Decio murió en un combate contra los getas ó godos, cuyos dos nombres créese que tienen el mismo significado y origen.

Después de Decio el ejército romano proclamó á Galo, quien se obligó á pagar un humillante tributo anual á los godos para que estos respetaran el territorio del imperio. Parece que esta acción atrajo á Galo el desprecio del ejército, y mas tarde ocasionó probablemente su muerte á manos de Emiliano (ó de sus huestes), quien, vencedor de los godos, fue proclamado emperador por las tropas, por cuyo motivo trató de derrocar á su rival del solio romano.

En otras regiones del imperio, el ejército, sabedor sin duda del asesinato de Galo, eligió por soberano á Valeriano, quien pasó á Italia desde la Galia, en el año 254, y al poco tiempo se vió dueño absoluto del trono; pues Emiliano habia sido tambien asesinado.

Valeriano tenia ya setenta años cuando se vió encumbrado á la dignidad imperial, y, como observa juiciosamente el ilustre Mariana, parecia que su elevacion y prosperidad solo debian servir para que la caída, como de lugar mas alto, fuese mas peligrosa y pesada.

Sucedió, pues, que en el séptimo año de su reinado, Valeriano (que á la sazón habia emprendido la guerra contra los persas) cayó en poder de sus enemigos, y su triste y miserable cautiverio se prolongó mas allá de un año. Otros suponen que duró tres años, y otros nueve.

Dícese que el rey persa Sapor hacia servir á Valeriano de estribo para montar á caballo, é hizo sufrir á su augusto prisionero toda clase de humillaciones. Con razon observa D. Modesto Lafuente que la Providencia castigaba en la cabeza de Valeriano todas las iniquidades y detestables vicios que habian manchado hasta entonces el solio romano.

Cuéntase tambien que en cierta ocasion, irritado Sapor contra su ilustre cautivo, ordenó que fuese desollado vivo, y adobada su piel y tendida de encarnado, la rellenó de paja para que conservara la forma humana, y la hizo colgar de la bóveda del templo principal de Persia, donde se conservó por espacio de muchos siglos (1).

Mientras Valeriano era víctima de tanta crueldad é ignominia, su hijo Galieno parece que vivia entregado al ocio mas punible y á los mas groseros deleites. Esta circunstancia motivaba el epíteto de *peste deshonesto* (2) con que los menos corrompidos romanos calificaban la conducta de dicho Príncipe. Dícese que al saber el trágico fin de Valeriano, Galieno se contentó con exclamar: *Ya sabia yo que mi padre era mortal*, sin que dicha noticia sirviera de correctivo á sus torpezas y abominaciones.

Algunos autores creen que en tiempo de Valeriano tuvo lugar la octava persecucion contra los cristianos, y que fueron víctimas de ella, entre muchos millares de otros, Fructuoso, obispo de Tarragona y sus dos diáconos Augurio y Eulogio. En la misma época el español san Lorenzo padecia en Roma su célebre y horroroso martirio.

Durante el reinado de Galieno vió el mundo el singular espectáculo de que treinta tiranos, segun unos, ó veinte, segun otros, cifieran á la vez la diadema imperial en distintos puntos del imperio romano. Entre ese enjambre de emperadores figuran dos mujeres: Zenobia, reina de Palmira, y Victoria.

Refiérese que en España reinaba entonces, como soberano absoluto, un tal Póstumo (3).

Esa multitud de soberanos ó de usurpadores (cada uno de los cuales cubria su cuerpo con un jiron de la desgarrada púrpura romana) nos patentiza el lastimoso desquiciamiento del imperio de

los Césares, amenazado entonces por dos enemigos, á cual mas temible y poderoso: la corrupcion y las discordias intestinas, y los enjambres de bárbaros acampados en las fronteras y acechando la primera ocasion propicia para derramarse como un torrente devastador sobre las provincias romanas.

Claudio, sucesor de Galieno, obtuvo una brillante victoria sobre los godos, cuya hazaña le valió el título de Gótico.

Después del corto reinado de Claudio, sentóse en el trono de los Césares Lucio Domicio Aureliano, principe de aventajadas dotes si no manchara el claro timbre de sus glorias con el odio que profesaba al Cristianismo.

El animoso Aureliano, á quien se llamaba *Espada en mano*, *manus ad ferrum*, alcanzó acaso el triunfo mas brillante que ha presenciado la tierra. Subyugó á los dacios; y al volver á Roma coronado de laureles, llevaba entre los prisioneros de una multitud de pueblos bárbaros, á la famosa Zenobia, reina de Palmira, la cual adornada de riquísimas joyas, atadas sus manos con una pesada cadena de oro, y rodeada de los magnates de su corte, seguia por las calles de Roma el carro triunfal de Aureliano, que iba tirado por cuatro ciervos.

Aureliano fue asesinado el año 273, cuyo acontecimiento originó un interregno de seis ú ocho meses; pues el senado romano y el ejército parecian declinar reciproca y alternativamente el derecho y la responsabilidad de elegir emperador. Por último, el senado se vió en la necesidad de poner el cetro en manos de Claudio Tácito, anciano consular que durante su corto reinado supo sostener el honor y la dignidad del imperio.

A Tácito sucedióle en el poder su hermano Floriano, quien al cabo de poco tiempo fue asesinado por los soldados, ó acaso, como refiere Mariana, en vista de su debilidad para tener á raya á las legiones de Oriente, se arredró hasta el extremo de querer morir desangrado, á cuyo fin mandó que le abrieran las venas.

Probo, á quien proclamaron dichas legiones, fue el sucesor de Floriano. Si hubiera llegado á la cumbre del poder en tiempos mas prósperos y menos aciagos, la gloria de Probo, como observa D. Modesto Lafuente, igualara á la de Augusto. Pocos quizá, como dicho Emperador, han llevado un apellido que estuviera tan acorde con su conducta. De modo que, como dice con razon Mariana, á no haber heredado dicho nombre de sus padres, podia conquistarlo con sus hechos y costumbres.

Enemigo de la ostentacion y vanagloria, la modestia de Probo llegaba hasta el punto de decir á sus soldados cuando le aclamaban: *Me matais cuando me llamais emperador*. En varios encuentros derrotó á los francos, los borgoñones y los vándalos, que se habian apoderado de las Galias, arrojándolos mas allá del Rhin. Después de dichos triunfos dedicóse con afán al desarrollo de la agricultura. Ordenó que se plantaran en España otra vez viñedos, revocando el descabellado edicto de Domiciano relativo á este particular, segun pretenden algunos.

Parece que Probo solo era guerrero por necesidad, es decir, porque las circunstancias le arrastraban á ello á pesar suyo. Las siguientes palabras pronunciadas por dicho Emperador nos lo demuestran claramente: *Si los dioses me conceden vida*, dijo en cierta ocasion, *pronto el imperio no necesitará de soldados*. Esta frase irritó de tal modo al ejército, para quien no cayó en saco roto, que costó la vida al autor de ella.

Segun refiere D. Modesto Lafuente, arrepentidas las legiones al dia siguiente de haber asesinado á su Soberano, le erigieron un sepulcro de mármol con esta inscripcion: «Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras (1).»

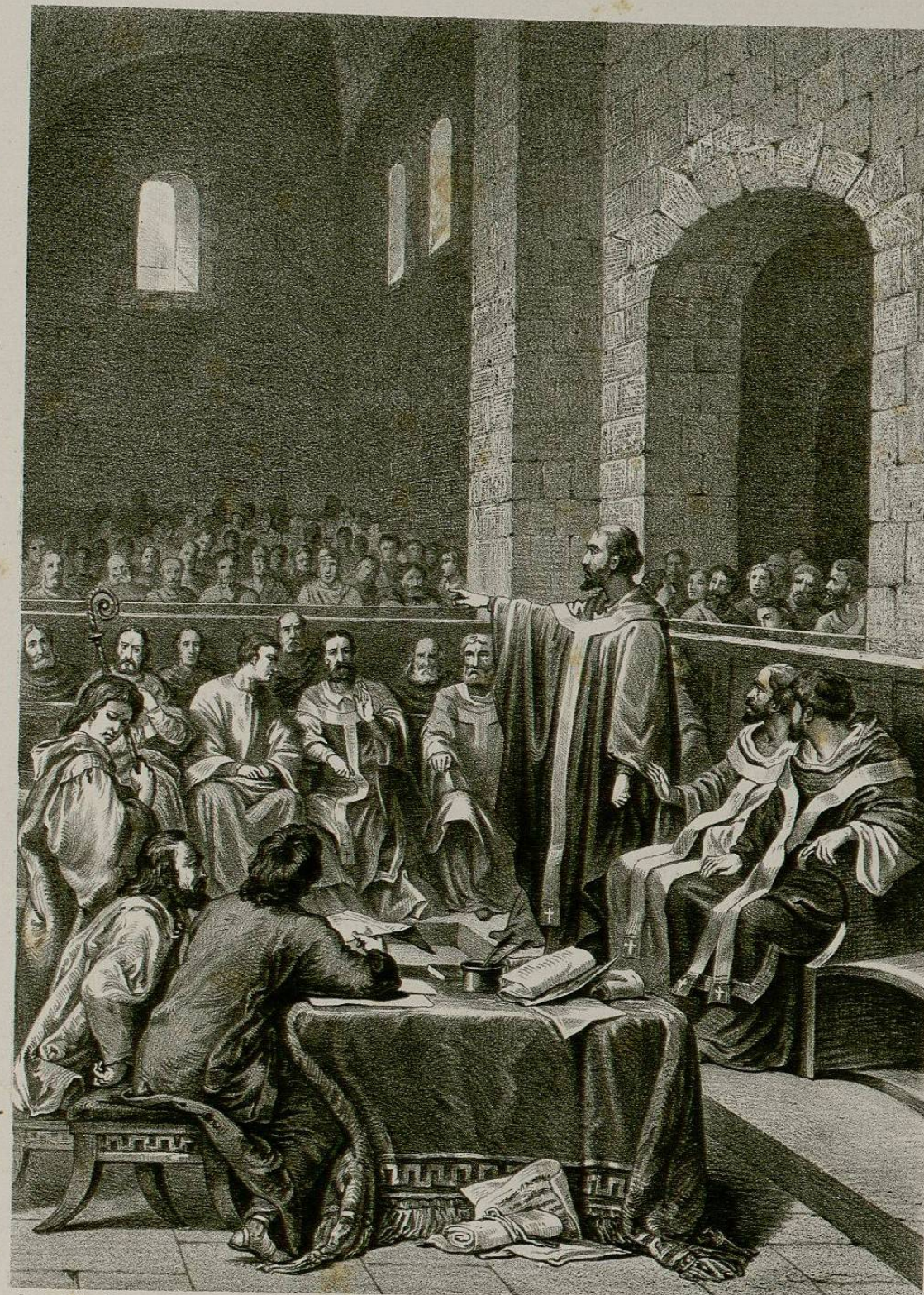
Caro, Carino y Numeriano fueron casi á la vez los sucesores de Probo hacia el año 282. Carino se encargó del gobierno de la Galia y de España. Dícese que algunos monumentos encontrados en Sagunto atestiguan la residencia de Carino en nuestro país.

Después de dichos tres Emperadores cedió á sus sienas la diadema imperial el tristemente célebre Diocleciano (vencedor de Carino), y en cuyo reinado comenzó la era llamada *Era de Diocleciano*, ó *Era de los mártires*.

Parece que Diocleciano, sin embargo, no carecia de aventajadas dotes; y que antes de su terrible edicto de persecucion contra los cristianos habia dado al imperio romano largos dias de gloria y esplendor. Preténdese que su debilidad en ceder á las maquiavélicas sugerencias de Galerio inclinó el ánimo de Diocleciano al derramamiento de sangre cristiana, que corrió á raudales y en distintas ocasiones por las provincias sujetas á la soberanía de Roma.

Al concluir el reinado de Diocleciano, ó sea hacia el año 303, fue cuando se experimentaron en nuestra península con toda su intensidad los horrorosos efectos de la carnicería decretada contra los cristianos por dicho Emperador, quien, acaso para este fin, habia mandado á nuestro suelo, entre otros gobernadores, al cruel Daciano, presidente á la sazón de la España entera, segun dice Mariana.

(1) D. Modesto Lafuente, *Historia de España*, tom. I, parte I, lib. III, cap. III, pág. 399.



Serra dib. y lit.

Casals imp.

CONCILIO DE ILLIBERIS.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

(1) Modesto Lafuente, *Historia de España*, parte I, lib. III, cap. III, pág. 366.

(2) Romey, *Historia de España*, cap. IX, pág. 157.

(3) Esto cuentan Romey y Ortiz de la Vega; pero Mariana y D. Modesto de Lafuente, dicen que el hombre ó general que gobernaba á la sazón las Galias y nuestra patria fue Tétrico, nombrado emperador por Zenobia.

CAPITULO XXVIII.

Maximiano.— Constancio Cloro y Galerio.— Constantino.— Sobrenatural vision de Constantino.— Su milagrosa victoria y entronizamiento del Cristianismo.— Herejía de Arrio.— Concilios de Nicea y de Illiberis.— Reformas de Constantino.— Su carácter.— Constantino II, Constancio y Constante.

Los mártires mas célebres de nuestra patria en la época que vamos historiendo fueron los santos niños Justo y Pastor, martirizados en Alcalá, los innumerables Mártires de Zaragoza, los santos Cucufate y Eulalia, inmolados en aras de la fe cristiana en Barcelona, san Félix, obispo, en Gerona, san Vicente en Valencia, santa Eulalia (distinta de la de Barcelona) en Mérida, etc. No faltarian sin duda defecciones; almas en quienes las tinieblas del miedo y la flaqueza ofuscaban por completo los claros resplandores de la fe; pero *tales sombras*, como observa admirablemente un ilustrado autor eclesiástico (1), *realzan aun mas el cuadro de los Mártires*.

Hallando Diocleciano probablemente demasiado pesada la carga del gobierno, quiso repartirla entre su persona y Maximiano Hércules, nombrando además dos Césares, que fueron Constancio y Galerio; hacia el año vigésimo del reinado del primero de dichos príncipes, ambos renunciaron á la púrpura imperial. Diocleciano tal vez en virtud de las amenazas de Galerio, y Maximiano cediendo á las sugerencias del mismo Galerio, que estaba casado con su hija.

Constancio Cloro y Galerio subieron al trono de Roma en el año 304, en sustitucion de sus dos antecesores. Constancio (padre del gran Constantino) apenas reinó dos años, y se encargó de la Galia, la Bretaña y la España. Parece que Constancio fue un príncipe excelente, y mandó que cesara en nuestra patria la cruelísima persecucion contra los cristianos, ordenada por su antecesor Diocleciano.

A la muerte de Constancio Galerio gobernaba el Oriente y tenia entre las filas de su ejército á Constantino, que en el año 306 fue aclamado emperador por las legiones romanas.

Galerio murió despues de haber perseguido cruelísimamente á los cristianos é intentado en vano deshacerse de sus rivales Majencio y Constantino, que á un tiempo gobernaban el imperio romano.

No fue sin grandes esfuerzos y sangrientas luchas que Constantino logró sentarse en el solio de los Césares; pero estaba escrito en el libro de los divinos decretos que dicho Emperador debía superar todos los obstáculos y ejercer con su política una influencia inmensa, no solo sobre el vasto imperio que gobernaba, sino sobre el mundo á la sazón conocido.

Hora era ya de que la fecunda semilla del Cristianismo fructificara, no solo en las bajas y medianas esferas sociales, si que tambien en medio de la aristocracia y la opulencia, hasta en las mismas gradas del trono imperial; y que el augustó lábaro de la Redencion, flotando sobre la excelsa cumbre del Capitolio, anunciara al universo que la divina Religion de Jesucristo iba á ser en lo sucesivo el único norte de los corazones, el único emblema de la civilizacion y la prosperidad de los pueblos, el indisoluble lazo de amor entre lo terreno y lo inmortal, entre la arena débil y movetiza de los siglos y el firme é indestructible pedestal de la eternidad. Tan grandiosa, tan magnífica, tan sublime y trascendental tarea cupo, pues, á Constantino, llamado con razon el Magno.

La aparición de Constantino en el solio de Roma fue el sol que hizo eclipsar las estrellas de Maximiano, Majencio, Licinio y Maximino, cuyos emperadores, en el Oriente y el Occidente del imperio romano, se disputaban entre sí el carcomido trono de los Césares.

Sabido es de todos que, cuando Constantino se dirigia á Roma para destronar á su rival Majencio, vió dibujada en los aires con letras de fuego esta inscripcion sobre una cruz resplandeciente: *In hoc signo vinces: Con esta señal ó enseña vencerás*. Desde entonces la cruz del Calvario, el sagrado árbol bajo cuyas frondosísimas ramas deben guarecerse todas las generaciones humanas hasta el postrer día del mundo, alzó su gigantesca y majestuosa copa sobre los errores y abominaciones del paganismo, y ofreció á la vez á la tierra los hermosos frutos de la fe, la verdad, la ciencia, la virtud y la vida.

La terrible derrota que el ejército de Constantino ocasionó á las numerosas legiones de Majencio, ó Maxencio, cerca de Roma, fue la estocada mortal que la naciente Religion del Crucificado hundió en el corazón del decrepito y monstruoso culto de los dioses capitolinos.

Desde aquel momento la suerte estaba echada: el tribunal de la razon y la humanidad habian dado ya su inapelable fallo en el pleito entablado en el mundo entre los extravió y locuras de la religion pagana y el Catolicismo, entre la doctrina de Sócrates y Platon y el Evangelio, entre la luz y las tinieblas, entre la civilizacion y la barbarie. Desde entonces, pues, la divina nave del Cristianismo quedó sólidamente anclada en el insondable y proceloso océano de los siglos. En lo sucesivo todas las maquinaciones, todos los contratiempos, todas las tormentas levantadas por las pasiones humanas debian ser impotentes para romper la preciosa cadena eslabonada por una mano divina, debian estrellarse contra la siguiente y magnífica promesa del Salvador de los hombres: *Celum et terra transibunt, verba autem mea non prateribunt: El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán*.

Bajo el reinado de Constantino el Cristianismo gozó de libertad completa y pudo extender sus asombrosas conquistas por todo el imperio romano. Entonces los cristianos pudieron profesar su cul-

(1) D. Vicente de La Fuente, *Historia eclesiástica de España*, cap. II, pág. 33.

to á la luz del día y construir en todas partes hermosos templos y edificios en honor del Dios verdadero. Al salir de las horrosas catacumbas donde les sepultara la cruel persecucion, los fieles debian de experimentar un alborozo indescribible, como el que experimentan los naufragos que arriban á puerto de salvacion despues de una horrible tempestad (1).

Sin embargo, el Cristianismo no podia permanecer sin lucha; por eso, apenas se vió libre de las persecuciones y cuando el enemigo exterior estuvo vencido, salió del mismo seno de los fieles la funesta semilla de la herejía. Una de las primeras, y que mas se distinguió por la violencia del ataque y el número de sus prosélitos, fue la de Arrio, quien negaba, nada menos, la igualdad de naturaleza ó consustancialidad del Hijo y del Padre.

El concilio de Nicea (al que asistieron, segun se dice, trescientos diez y ocho obispos, entre ellos el insigne Osio, obispo de Córdoba) tuvo por objeto combatir el arrianismo.

Celebróse tambien en España, en la ciudad de Illiberis, otro concilio en que figuraron diez y nueve obispos, incluso el ya citado Osio, varon eruditísimo y que gozaba de gran prestigio en el mismo ánimo de Constantino, segun se cuenta. Dicho Concilio prueba á las claras cuán extendido se hallaba á la sazón el Cristianismo en nuestra patria.

Las reformas que introdujo dicho Emperador no se limitaron á la esfera religiosa, sino que invadieron al propio tiempo el terreno legislativo y el político.

España participó igualmente de dichas reformas en el gobierno y division de sus provincias.

Sin embargo, es evidente que la traslacion de la silla imperial desde Roma á Bizancio, efectuada por Constantino, debía acelerar la caída del imperio, ocasionando el desmembramiento y rompiendo aquella indispensable unidad sin la cual sucumben las naciones, por poderosas que sean. Bizancio fue reedificada y embellecida con una rapidez asombrosa, y cambió su antiguo nombre con el de Constantinopla, ó ciudad de Constantino, en honor de este Soberano.

Mucho y en diversos sentidos se ha hablado del carácter y costumbres de Constantino. Objeto de los elogios de algunos, y blanco de la envenenada sátira de otros, difícil es, en efecto, formar un juicio ó apreciacion exacta de la vida pública y privada del Príncipe que nos ocupa. Un hombre que por una parte derriba los ídolos del paganismo para entronizar la verdadera Religion, y en cambio manda dar muerte á su segunda esposa Fausta y á su hijo Crispo; que dicta leyes sábias y humanitarias, y en contra entrega á los leones del circo á los prisioneros de una de sus campañas; un hombre de tal conducta, repetimos, ha de constituir el mas indiscutible jeroglífico para todo historiador que se proponga ser imparcial en todas sus calificaciones. En este caso, creemos que no queda otro recurso que pesar en la balanza de la justicia las acciones buenas y las malas, y segun hacia qué lado se incline uno de los dos platillos dar el fallo en consecuencia. Sensible es en extremo que tan feos manchas amortigüen el brillo del astro de Constantino; empero, á pesar de todo, forzoso es reconocer que su reinado fue uno de los mas largos y gloriosos de que nos da cuenta la historia. Aun cuando el mundo no debiera á Constantino otro beneficio que el entronizamiento del Cristianismo, creemos que la posteridad debiera de demostrarle su gratitud y considerarle como uno de los mejores soberanos que ha tenido la tierra.

No entraremos ahora en mas detalles sobre esta materia, ni nos detendremos en averiguar en qué época fue bautizado y si desató á las filas del arrianismo antes de su muerte, como pretenden algunos. Solo observaremos como regla general que, cuando el ánimo se halla bajo el influjo de ciertas ideas, parece que se aguja el ingenio para desdorar lo mas respetable y poner en ridículo lo que debiera tratarse con mucha circunspeccion y comedimiento.

Constantino murió en el año 337 y á los treinta y uno de su reinado (2), y nombró por sus herederos á sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante, quedando en consecuencia repartido el imperio entre los tres hermanos. Al primero de ellos le tocaron las Galias, la Bretaña y la España. Tal division disgustó al pueblo y al ejército, y ocasionó sangrientas luchas entre Constantino y Constante. Este salió vencedor y se quedó con la España, sucumbiendo aquel en el combate.

Constante fue decidido protector de los cristianos y convocó el concilio general de Sárdica, ó Sardicense, al que asistieron muchos prelados españoles, y entre ellos el célebre obispo de Córdoba, Osio, que presidió dicha asamblea como habia presidido las de Nicea y de Illiberis.

En el año 350 de Jesucristo, Constante fue asesinado por Magnencio, que se habia apoderado de la Galia y la España. Alzáronse otros usurpadores en distintos puntos del imperio, pero Constancio logró al fin enseñorearse de todos y quedar dueño absoluto del trono de Roma en el año 355, como lo hiciera anteriormente su difunto padre.

(1) D. Modesto Lafuente, *Historia de España*, parte I, lib. III, cap. V, pág. 390.
(2) El cuerpo de Constantino fue sepultado junto á la tumba de su madre santa Elena, la que tuvo la dicha de hallar el leño santo en que habia sido crucificado el Redentor. (D. Modesto Lafuente, *Historia de España*, parte I, lib. III, cap. V, pág. 396).



TEODOSIO SOFOCA UNA INSURRECCION EN ÁFRICA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.